

aída cartagena portalatín

tablero

doce cuentos

tablero

tablero

tablero

tablero

tablero

tablero

tablero

tablero

tablero

tablero

de lo popular a lo culto

BIBLIOTECA TALLER 109
TABLERO
Aída Cartagena Portalatín



1978, Editora Taller
Portada de Taller
Impreso en la República Dominicana
Printed in Dominican Republic

Taller, Isabel La Católica 309, Santo Domingo, República Dominicana

aída cartagena portalatín

tablero

doce cuentos

tablero

tablero

tablero

tablero

tablero

tablero

tablero

tablero

tablero

de lo popular a lo culto

“...el peligro reside en que los escritores latinoamericanos se rijan por la actitud autocolonizante que suelen adoptar en nuestros países algunos comentaristas de lo literario,

...el mundo del subdesarrollo (...) debe crear no sólo su ética de rebeldía, su moral de justicia, sino también proponer una autointerpretación de su historia y también de su parcela de arte, sin considerarse obligado a aceptar para siempre el diagnóstico que sobre tales temas y tales problemas elabora el mundo del desarrollo, así sea a través de la porción más espléndida de su inteligencia. Mario Benedetti. “La Palabra, esa nueva cartuja”. Crítica Cómplice. Págs. 84/85, en Valoración Múltiple, C. A.

ANTES DE...

—¿Sabe usted que existen varios textos sobre el arte de escribir cuentos?

—Este no es uno.

—¿Y por qué no escribe como los otros?

—Porque si hubiese sido melliza de la Marilyn Monroe todavía estuviera llorándola.

LA LLAMABAN AURORA
(Pasión por Donna Summer)

Mami me decía Colita. Colita García. Pero la señora Sarah me inscribió en la escuela pública con el nombre de Aurora. ¡Nada de Colita!, gritó. Seguí sintiéndome interiormente Colita y oyéndome Aurora en la voz de los otros. No voy a perdonarle esa risa burlona que mastica cuando me llama Aurora, discriminándome, porque quien me puso así “nunca ha visto amanecer”. No. Noo. ¡Y Noo! No voy a quedarme con ella aquí, en su casa, cierto que me paga los estudios, que le dice a todo el mundo que soy un talento, sin embargo, estoy rebosada de ella y de las hermanas del colegio, la sor Fantina, larguirucha y flaca como la Twiggy de la Televé, y de la madre superiora, sabia pero con fachada de Aldonza la de Sancho, y dale con los teoremas, y dale con lo del triángulo rectángulo, y qué son líneas paralelas, y fúñete Colita-Aurora con castigos y llamadas telefónicas para que la señora Sarah me ataque como una metralleta. No. Noo. Y nooo. ¡No!.

Dije que no. No quiero a la señora Sarah ni

me interesa su casa hermosa, ni voy a envejecer dentro de sus cuatro paredes como un árbol para carbón. No, no voy a quedarme con ella como un árbol quemándose bajo un sol de canícula. No. No voy a quedarme triste, cabizbaja, como las hojas golpeadas por vendavales y lluvias con tronadas, dentro de estas paredes rodeadas de un césped siempre verde y de algunos arbustos frutales. Ni acepto aquello, dale que dale de que Aurora es una negrita inteligente, ni de que me divierten los negros, ni que los negros con su jazz y su ritmo, o que los negros alegran el mundo, y vete a la tienda y traéme el último disco de Donna Summer, y que algo deben hacer los negros, que está bien que diviertan a los blancos. No. Noo. Y noo. Me complace esa música sinfín de la Donna Summer, garrapateando, aullando sin cesar, o cayendo como una cascadita vibrante y excitante. Pero no es cierto que doña Sarah me va a guardar para siempre dentro de su caja de música excitante, qué el jazz, qué el boogaloo, qué el ragtime o los beguín, etc. Ya a esa vieja no le pega eso. Ella creía que no iba a marcharme, me agradaría que viera como camino ligero a tomar la guagua, arrastrando este bulto pesado con la ropa y mis libros. Aquí, chófer, me quedo en Haina.

Camino un poquito respirando aire de cañaverales. Me siento en el restaurante Candita donde bebo un Seven Up muy frío. Hambre, eso es lo que tengo, y me paso a la barra La Enana donde tomo una Pepsi y como dos panes. Me marchó de prisa. La música de Donna Summer llena toda la casucha y se extiende por toda la barriada. Cómo recuerdo esa sinfín cascadita,

maullando. La música y su cantar se extienden por toda la casucha, por toda la barriada, es la misma tonada que estremece y excita a la señora Sarah. Al diantre con todo, pero heme aquí, exactamente a 14 kilómetros de la capital. Son las siete de la noche, entro a la iglesia y me escondo detrás del altar de San Isidro Labrador quita el agua y pon el sol. Que el santo me encubra. que no me descubran. Santo, santo, santo, llenas están las calles de buscatrabajo y harapientos. La la la la laa, ya ya ya ya yaaa.

Junto a una pared de La Enana una chica se cimbrea. La voz de Donna se ensancha con el volumen que sube en el aparato un billetero. La voz de Donna llena de nuevo la barra, el barrio, el pueblo. Trato de recogerme los cabellos moteados, duros, si nací con ellos así, así se quedan. Lo absurdo es que me discriminen y hagan alarde de mi sabiduría porque soy casi bachiller. No. Noo. Y noo. ¡No! Me revienta ver cómo tantos millones de blancos se deleitan ahora con la Donna Summer, la negrita que canta excitante. Una vez llegaban al delirio con Armstrong, después con Makeba. Qué el jazz y todo ritmo que nace tan alegre. ¡Felicidades! No, si yo fuera la Donna Summer recogiera todos los discos que se encuentran en las tiendas, en los dancing, cabaretes, hoteles y moteles y en las casas high.

Alzo vuelo como ayudanta, convencida por la míster del técnico azucarero y en este New York, piso 11, cocino, lavo, plancho, hago los mandados, aguanto las pesadeces del bodeguero, el italiano hijo de su mamma, que me hala el pelo y dice *negrita fea...*, que de dónde soy,

que si esto o lo otro. O a la señora gringa: Colita, por qué te dilatas tanto, le explico que el hijo de su mamma me detiene, o que me detengo para ver al Giordano que le da una cuchillada al Manfredi, todo por un muerto del barrio que cada uno considera debe ser llevado a su funeraria respectiva, y al police que dice con mucha calma: el muerto es el Giordano.

Voy a tener que organizarme mentalmente, como en una secuencia de anuncios clasificados por Denis W, publicada en un periódico de cualquiera parte del mundo. Me metieron en la cabeza que esto es el Mundolibre, y aquí encuentro que esa tipa de Ohio me explota como a una esclava. No entiendo eso de Mundolibre y Explotación, y ese Colita que ignorante eres, pues sí, nada sabía de monopolios, donde compro el sostenedor es la cadena Woordwoordt con 300 tiendas producción y venta, y de ida o venida polices por aquí, más polices por allá, vaya, atrevido, le grito a uno que me toca una... (entiendes?) yo a usted estoy cansada de verlo tomando traguitos de tequila detrás del mostrador del viejo mexicano, y esto aquí con tantos polices, y las iTTs, y desde aquí reguero de cIAs por todo el mundo, violencia diaria, tortura, como golpean por simple conjeturas a ese tipo sin empleo, desclasado, con apariencia de somnoliento drogado, y el desclasado se deja pegar, esto no es ser macho en dominicana. El police se vuelve un guapo como en los filmes del West. Si este es el Mundolibre, sobresobrado, sobreexplotado, voy a enajenarme. ¡Y no. Noo. Y no! Me marchó y regreso donde la señora Sarah, con su música continua, la de Donna Summer,

con las mismas calamidades, gritándome a cada instante: *disparatas*. Y grita y aúlla de soberbia cuando leo en los periódicos las injusticias que se cometen en Africa del Sur con los negros. No conformes con los linchamientos de Sweto y Johannesburgo a Steve Biko lo mutilaron en una celda carcelaria de Pretoria. La señora Sarah me toma por las greñas, grita en forma descomunal: *disparatas, disparatas*, me arrastra hasta el tocadiscos donde sube todo el volumen. Ahora ni mi llanto lo oigo. Donna Summer, mi negrita querida, llena con su voz y excita con su ritmo la casa de la señora Sarah.

**QUIEN LO ADIVINABA
ENTONCES**

Dejé todo colgado del recuerdo, colgado de las matas de aguacate, tamarindo y de los dos naranjos; dejé todo con el recuerdo de mis vueltas en los caballitos del pueblo, del triciclo, la muñeca sin ojos ni brazos que peinaba a la garbo; dejé a Tico el pendenciero en la esquina, sembrado como un árbol, ¡ah!, dejé colgado del techo y las paredes de mi casa los cuerpos y las lágrimas de papamamá tan de repente el día que salí para el internado que ellos seleccionaron para mí en la capital, corriendo a la fecha en el coche del radiador con herrumbres y piches jagua, que se quema, por favor! pararse en el camino frente al restaurante del chino de Bonaó, comer un sanduis de cuatropisos, pasar al retrete, la bocina, qué bocina ya ya que voy que me esperen subo y marcha de nuevo el coche por las rectas, curvas, vueltas al Arroyo Vuelta, La Cumbre, Virgen de la Altagracia ¡gracias! más allá reverbera de nuevo el radiador —nada de agua por ahí— la Lolita que va en el asiento delantero aprovecha la parada, baja, se oculta

en un monte suelta sus necesidades, apagado el motor se enfría, arranca de nuevo el papamontero coche viejo, Hubaldo con H pisa otra vez el acelerador, frente a Catarey el pichado traga agua hasta ahogarse como una vaca en río crecido, no Lolita no es aquí, faltan 54 kilómetros corre que corre más, en el 34 le digo: fíjate abajo, la represa del acueducto casi seca, a donde vamos la erre cambia por ele, ¡qué calamidad!, dos agentes vociferan ¡paren, que registramos! abren mi carterita con un pañuelo húmedo de lágrimas de despedida, sí, papamamá esto es canalla, mi único tesoro diez dólares gringos de los americanos —canallas— que se fueron, canallas —volvieron— el agente señala un billete— dice: juane, dice fumo, y no que noooooo no le doy nada, se oye el pueden seguir, pisa Hubaldo el hierro, pasamos por el aeropuerto Limber— aquí, aquí, Palé, la guagua, Palé—Capital—Bonaó—La Vega—Moca—Santiago—Capital, el radiador grita, agua que te falta, agua que te hierve frente al kilómetro Cero, Lolita, esta es la Capital, con glorieta y Parque Independencia, sin adivinar entonces que el parque tendría un día rejas tantas rejas, una fosa en el centro, al este un bastión con muralla de Castilla, al oeste un mausoleo estilo Ramsés o Tutamkamón, los tres grandesgrandes—grandes encajonados ahí, parque de reunión del pueblo, con custodia, rejas, sin respiro, Lolita, le quitaron la plaza al pueblo, lloran los tres por el pueblo, vaya, que pena grande, y aquel azul es el mar del sur sin alambradas, distinto a los solares del pueblo o a la trinchera de los gringos en abril del 65, quién adivinaba cuando llegamos que harían esa

trampa para que se gritara afuera ¡abajoooo! y la poliguardia traquetetraque taque que te golpea y atrapa diciéndote agitador, entonces en mi casa rompieron el orden levantaron un piso sobre la terraza del patio y pusieron balcón a la pieza de la esquina, talaron los árboles, cayeron los recuerdos colgados para que entraran los años que llegaban para madurar mi piel, secarme los huesos, cansarme el cerebro durante la tiranía con treintiún años cumplidos, qué vaina, pendejos, y quedarme ahora mirándolo todo como la lela de Lala mi nodriza, esto hasta llorar sin cortar el lloro para subir a la libertad por una escalera larga y otra chiquita.

No hay esperanzas, digo, que sí que las hay dice Lolita que corre por los acantilados del mar frente a la vieja Plaza Colombina, y de repente cae como la pájara pinta que estaba sentada en el verde limón, que con el pico recoge la cola y con la cola recoge el botón. Lloramos llora que te llora y si hay esperanzas hay esperanzas. Entonces lloramos más alto y terminamos cantando:

**“Para subir a la libertad
se necesita
una escalera grande
y otra chiquita”.**

LA FUERZA ANIQUILADA

¡Ayayay, tía!, llegó Prebis con los dominicanos ausentes. Un avión de Nuevayork la trajo para pasar las navidades, si la vieras, vestida como Barajita la de la capital ó la Comaisita de La Vega, collares sobre collares, pulsas y más pulsas, además, una peluca rubia. Y lo que sacaron esta mañana del carro es para perder la cuenta: diez maletas, cuatro cajas, flores de papel y dos muñecas. Y qué, ¿no te preguntó por mí? Ese nombre americano de Prebis es una mentecatería de mi comadre Prebisteria Sánchez, y lo que tú dices que la pone tan fisquibis, es una manera de creer que le va a dar changüí a todos los de Guaco. Fran-Francisco, no me interesa, pero díme: ¿Qué otra cosa viste? Tía-madrina, no hablé con ella, al ratito llegó un ingeniero o arquitecto con una funda muy grande llenita de papeletas de nosotros para cambiárselas por las de los americanos. Ayayay, tía, ¡cuantos billetes!

Las noticias de Fran-Francisco corrieron por por todo el campo. Y llegaron para verla los

vecinos, los hermanos, los compadres, los amigos, etc. etc. La Prebis fue la nota social durante aquellas navidades. Ya Prebisteria no lavaba por paga, ya Prebisteria no planchaba por paga, ya Prebisteria no se acostaba por paga, ahora Prebisteria se encontraba zaratacos a los vecinos de Guaco.

Sin embargo, felizmente para ella, a los tres días apareció por su casa, para verla y recordar, Andrejulio. Este se apoderó de Prebisteria y de un radio de transistores que ella compró para su hija. El radio los unió más, oían las estaciones de la república, con preferencia las de la capital y por ondalarga la de Aruba o de Bucaramanga, y gozaban sobre un catre los programas de peticiones. La Prebis dijo que era fan de la Montiel. Y el sargento Valenzuela hizo que le dedicaran “Bésame mucho” cantado por Sarita Montiel, y si no había interferencias, a Andrejulio le interesaba oír las verdades que decía Fidel desde La Habana. Cuatro días después ella encargó, como el que tenía en Nuevayork, un box-spring, y claro, claro, ¡ayayay, tía, qué lujo! Botaron el catre de tijera, y, claro, claro, se hizo más confortable el sueño, oír la radio y alargar las conversaciones, etc. etc., pero ella no estaba tan feliz porque para eso yo trabajo overtime y ahora eso de que mi hija no viva aquí no tiene perdón, y las tantas cosas que le traje a mi Calandria y a sus hijos, y los de aquí se regustan diciéndome que baila en un cabaret de la capital. Creo que hice mal dejándola sin bautizar. Cosas del demonio, quién sabe. Todo fue como un relámpago, el cura tomó el hisopo lleno de agua bendita en una mano y en la otra el boleto del

civil, te dije que fue como un relámpago, le tiró el boleto a mi compadre y mirándonos con ojos de cuyaya vieja, gritó: eso no es de gente, y la dejó sin bautizar. El cura se sintió ofendido con el nombre: Calandria era nombre de pájaro, no de gente, ni estaba en el almanaque.

Calandria. Por ella había hecho esos sacrificios de trabajar overtime para venir, para traerle de todo. Algo conmovido, Andrejudio la invitó a que viajaran a la capital. ¡Ayayay, tía, que fracaso! El chófer volvió al volante seis veces después que los polis de carretera registraban el equipaje, y tanto él como Andrés le explicaban que la Prebis no tenía cédula al día porque residía en Nuevayork. ¡Andrés, Andrés, Andrejudio, cómo me trata la vida! Aquellos madrugones para no caer en el troubel, que es como si majaran o te quitaran el aire, y en el coche bajo tierra agarrada a una correa camino de la manufactura, y hasta tres docenas de sábanas diarias para la Canón, y si son fundas hasta seis docenas, y cuando termino me levanto y cierro la máquina y pienso que voy a desplomarme, pero, Andrés, money, very mucho dinero, y de regreso tú y la Calandria en mi pensamiento, esa hija que sacó algo de mí, me recuerdas Andrejudio antes de gastarme así y perder mi lozanía, recuerdas Andrés lo que me pasó contigo en el barranco, a veces creo que tengo un libro de registro en la cabeza, ¿dónde se va todo ahora? Ay, hijo del alma, las penas me van apagando y gastando el cuerpo y la Calandria bailando en un cabaret, y tú más indiferente ahora, sólo te quedas media noche en el spring

por temor a esa otra que te pare los hijos, o por miedo a la guerrilla con que asustan radios y periódicos, y pensar que dentro de diez días tengo que tomar el avión, ay, Andrés, ese avión paraquí parallá y subebaja a lo loco y yo con el cuerpo tan adolorido y los huesos que pensaba iban a descacarse.

Andrejulio cumplió la promesa y llegaron a la capital, era tan difícil llegar a Villa Duarte, como en los días de la revolución. Allí estaba el cabaret donde bailaba Calandria, allí una amiga le cuidaba los muchachos, allí, allí... Y aquello de Andrés no dejan pasar, Andrés yo quiero pasar, Andrés, mi hija. Pero vino un poli y otro poli y otro poli y la gente fue retrocediendo. La Prebis hizo una señal al que tenía más rayas, le pasó diez pesos de regalo y el paquete con la dirección: Llévelo todo eso a Calandria. Los trajes son para ella y los jerséis para los niños. Dígales que nos veremos el año que viene aunque tenga que venir nadando.

Cuando regresaron a Guaco la radio de trans le aclaró lo de los registros y lo del cierre de Villa Duarte. El noticiero lo explicaba claro: "Por la mañana hubo detonaciones cerca de Puente Seco, próximo al farallón, donde un regimiento completo atrapó a Amaury. Luego, a las 10, en la Duarte arriba, cayó el Tuerto, presunto miembro de una banda de atracadores". ¡Ayayay, tía, qué viaje más, más...!

La Prebis resolvió no volver, en su país tenían que poner orden los americanos, tenían que dirigirlo todo los americanos. ¡Tía, ayayay que loca! Pero tres años después, gastada físi-

camente por el trabajo, calor o no, lluvia o no, nieve o no, lava, plancha, corre, cocina, el troublel, etc., víctima de una depresión nerviosa la devolvieron a su país. A ella que había gastado todas sus fuerzas en la manufactura de los americanos. ¡Ayayay, tía, “remember” te mandó Prebisteria Sánchez!

CANTATA PARA UN MUERTO

Morirse es fácil. No es complicado. Ni snob. Es regla sin excepciones. Morirse fue por culpa de Viviente o Eva, a quien Adán llamó Varona. Viviente fue el primer nombre de Eva. Tanto ella como Adán serían inmortales. Pero fue esa vedette, entonces Virgen, o lo que en los pueblos llaman se-ño-ri-ta, quien malogró la dicha. Mujer curiosa y sensible, también antojadiza, no pudo resistir la presencia del varón. Contagió con sus insinuaciones al mancebo. Consintió. Varón y Varona se unieron y a ese amor se castigó con la muerte para dañarlo todo.

Cosa inefable para aguar la fiesta. ¿Qué esto es cuento? ¿Que no es cuento? Vaya lo que sea. Pero morirse no es un chiste ni es un cuento. Tampoco es cine ni teatro de taquilla. En el filme morirse es truco o juego. En el teatro es un dejarse que provoca en el público lágrimas, sopladera y uso del pañuelo.

Lo auténtico es morirse de verdad. Es la gran función sin la taquilla, digo. Como cine cual-

quier suspenso de Hitchcock se queda cuesta abajo. En aquel episodio real que nos tocó observar, veamos: el guión se desarrolla en varias secuencias. Velocidad lenta o rápida en el hilo rojo del mercurio. Corte y montaje: extraerle el apéndice y un poco de intestino y las costuras. Se detiene y vuelve a ser dirigido el corazón con coramina. Serie de títulos a escoger: **Grave-Mejor-Recaída-Gravísimo-Milagro-Nueva mejoría-Sin esperanza-De coma**. Final: Se fuñó Camilo.

Y morirse como teatro es más que cine. Decorado: Habitación a medialuz o luz indirecta. Cama. Sobre la cama el paciente. En la cama el paciente. En la pequeña mesa: Medicamentos, jeringas y otras porquerías. La esposa, detrás del espaldar suelta a cubos lágrimas auténticas o hipócritas. Porfiria, la suegra, recoge su manta y hace mutis, dramática, acompasadamente. Márgara y Tila, del coro de vecinas, se ofrecen dispuestas a vestir al difunto. Desempeñan su papel perfectamente luego que al médico se le pierde el pulso de Camilo y cruza las manos casi yertas sobre el vientre tranquilo del enfermo. Ultimo gesto: Camilo retuerce la boca, boquea con modulación de good-by. Y se va. No se va. Vuelve. Sale. Se fue. Y es tan fácil morirse. Se fue, sí, se fue Camilo.

Y entonces los ojos abiertos con las pupilas como buscando en el firmamento un aplauso o el mote temeroso de agitador. Ahora, caray, para qué aplauso. Márgara y Tila completan la actuación. Con ñoñería inaudita juntan las pestañas y le cierran los ojos para siempre. Encienden

las velas que chorrean cera fuera de los candelabros, y colocan un ejemplar de la Constitución entre sus manos muertas. Llanto. Mucho llanto. Suben la tapa sobre la caja. Se acabó la función. Cuánta pena, poetas, por culpa de Adán y Eva la muerte agarró a Camilo.

Morirse es fácil. Lo que cuesta es ser un muerto. Estar dentro de un cajón. Cerrado. Clavado. Tieso como un fruto de maíz hervido. ¿Y el aire? ¿Cuál? ¿Para qué aire? Malvado escarabajo que pedalea en mi cerebro. ¿Para qué aire? Si no fue famoso hampón ya usted es un honorable: “El pobre, tan bueno que era”. ¿Para qué aire? Tanto desprendimiento, va usted de excursión y la familia lo viste con su mejor traje. ¿Para qué aire? Se lo dijeron a gritos: ¡Adios para siempre, adiós! ¿Para qué aire? Usted no posee nada. La casa, los muebles, el Impala-Chevrolet y la cuenta del Banco son de su mujer. ¿Para qué aire? Váyase tranquilo, su mujer no tendrá miedo ni dormirá sola, definitivamente el chófer ocupará su cama. ¿Para qué aire? El sobrino José sabe que en el testamento la hacienda y otras rentas quedan para él. Es cierto que llora a mares, pero con el pensamiento acelera su regreso a Cincinatti para instalarse con una gringa en un barrio del Sur. ¿Para qué aire? Cajón para muertos con rejas de material plástico y aire acondicionado en el interior del panteón, ¿para qué?, pendepén, si ya usted es un muerto. Basta. No volverá a las tertulias. Ni temerá a las rejas.

Y malvados los periódicos y las revistas literarias y los críticos literarios que no lo alentaron

nunca. Ya muerto “Eloísa y su perrita” es una obra maestra. Ahora es tan bueno como Cortázar, Fuentes, Mario, Ernesto, Joao, Beatriz o la McCullers. Desorden aquello de su muerte y nadie avisó a Ionesco, Sartre, Beckett, ni a los muchachos de aquí, tan cerca para el duelo. Qué bien, bravo, que bien escribía. Qué grande era Camilo. Ahora su fama tiene letras de gigantescos letreros de neón. Ahora la fama cae sobre sus huesos pelados. Piovene, Nicolás de los negros, Pablo del Sur, Héctor, Virgilio, Avilés, Miguel, Enriquillo: por culpa de Adán y Eva perdimos a Camilo.

Sigo pensando en Camilo encerrado en un cajón. Ahora es un muerto. Tengo fatiga. Escarabajo maldito este cerebro que mordisquea. En el ascensor del Banco pensé que le preocupaba que si arriba, que si abajo. No importa discutir esto. Bajo tierra o sobre tierra lo cierto es que eres un muerto. Pobrecito, te dejaste coger.

Tendré pena, es crueldad, pero debo contarle a los amigos que el gran río y sus afluentes se le pararon de golpe a Camilo. Se detuvo por las válvulas la carrera de la sangre. ¿Para qué sangre? ¿Para qué ir donde no llegar? Corazón es título de cantata— Dio el porrazo, y ¡puf!, se acabó Camilo. Se cerraron los pulmones. Adiós oxígeno. Cómo fastidiaba el médico: Respire profundo... respire suave... vuelva a respirar profundo. Ya, ya se acabó esa zoquetada. Camilo está en un cajón bajo tierra. Así lo dispuso su mujer. Bajo tierra. Gloria y fama de este pueblo, ahora se deshidrata, genera carbono. Sí, genera, se multiplica, se descompone y vuelve

a ser un vivo. ¿Está usted comiendo? ¿Sigue comiendo? ¿Acaba de comer? ¿No le molesta que le hable de gusanos? Se descompone y vuelve a ser un vivo. Vuelve a vivir en un dinámico ejército de gusanos. Tiempo de guerra. Festín. Saqueo. (...los huesos pelados como los que arrastra desde la casa del abogado una gata que se llama Raquel) Los gusanos, caramba, se dieron banquete contigo. Qué inteligentes se comportaron los que tragarón el cerebro que creó una obra maestra, ahora famosa. La gran batalla feliz. Camilo, sea como fuere, te dejaste morir. Camilo, Camilo, ¿dónde puedo comprar **“Eloísa y su perrita”**? Hace rato, poetas, que se perdió Camilo.

EL FUEGO ES DE TODOS

Arde. Fuego. Se quema. Dentro de mi cabeza grita despavorida la sirena de un cochebombero frente al ábside de la Santa María Metropolitana. ¿Dónde o adónde? ¿Hacia...? No es posible que me quede igual que los demás que transitan por la Isabel la Católica, como si vieran llover luz a las seis de la mañana. No les importa nada lo de un fuego.

Ande. Fuego. Se quema. Se detiene el coche frente a la Casa del Cordón, palacete del improvisado caballero Francisco de Garay. No, no es ahí. Noto que la luz roja que cuelga del semáforo cambia a color amarillo, luego a verde, y que el cochebombero dobla a la derecha. El chirrido de la máquina frenando denuncia que baja, que se dirige al Alcázar. Tal vez allí hay fuego en la cocina. El viento sopla por la ventana sur. El Virrey está ausente, en la Corte reclamando promesas. Pendenciera, la señora de Toledo sorprende a su hijo Luis en erótico enlace con la doncella viajera María del Cuéllar. Si la cocina arde se perderán los calderos, las jarras de

Manise y Talavera, los asientitos fraileros; si el fuego se extiende se recogerán las cenizas de retratos, tapices, retablos y otros cachivaches.

Súbito pienso en mi pueblo. Arde. Fuego. Se quema. ¿Dónde es el fuego? Allá la gente corre en la noche orientada por la claridad de las llamaradas, o, de día, siguiendo a los que van delante, a los que llevan pequeños baldes de agua. Así corren Puebloarriba o Puebloabajo detrás del cohebombero, mientras la campana con su monótono Tan reúne a toda la comunidad. ¿Qué se quema? No importa qué. En mi pueblo un fuego es así. Es de todos.

Aquí ese coche pudo llegar hasta la Atarazana o interrumpir el paso de las llamas al descargar la manguera sobre historiadas viviendas de improvisadas damas y encomenderos; potente chorro, para evitar lo inevitable, lanza el agua dentro del restaurante para gringos o burgueses, o en uno de los tenduchos de recuerdos. Es fuego, pero ¡qué importan aquí esas llamas!

En mi pueblo, cuando la campana repetía el Tamm, a mi madre se le helaba la sange en todo lo ancho del cuerpo. Salía a la acera de la casa y orientaba la vista hacia la oficina de mi padre. No, allí no era. Pero fuera donde fuese se mantenía preocupada hasta que terminaba el fuego. Si era de día la catástrofe, en la cocina la reacción era dinámica en exceso. Cristinita abandonaba los calderos sobre las brasas y saltaba a la calle para correr tras los otros. Con la respiración ahogada, preguntaba gritando: ¿dónde? ¿allá? qué no es en Puebloarriba? No, no es. Se calmaba, porque **allá** estaba su hija al cuidado de la abuela. Volvía sonreída, cantu-

rreando. La Cristi hablaba-risa-canto y, a veces, mi madre se sentía desesperada por esa manera suya. Fuego. Arde. Se quema. Eran los calderos de nuestra cocina. El arroz quemado. La carne quemada. El frijol quemado. Todo por Cristinita marcharse a la calle tras un fuego. Entonces se sabía culpable, lloraba, y no hablaba-risa-canto como era su costumbre. Ni arrastraba los chanclos con una marcha acompasada, como era su costumbre, como pasaba casi todo el día rasando el pavimento con unos pasitos cortos adelante-haciatrás, como era su costumbre, y suspendía los pasitos cortos, aquellos arrastraditos vaiviene, como era su costumbre, y mientras le duraba el lloro culpable dejaba de marcar, de acompasar su movimiento con el ritmo de un cantar de folklore:

*“La paloma tan poniendo en lo yayale
cuán lo juén a bucai huevocuale...”*

Y pasando y rasando el pavimento llegaba de la sopa al arroz, del arroz a la carne, de la carne a los frijoles:

*“La paloma tan poniendo en lo guandule
cuán lo juén a bucai huevosazule...”*

Retrocedo hasta la Plaza Colón y ocupo un asiento a la sombra de un frondoso árbol. Pienso de nuevo en la Cristi. Pobre de la infeliz si hubiera sido esclava de Agripina en la itálica ínsula. La Cristi corriendo hacia el fuego para buscar a su hija Catalina de Sena entre los plebeyos que se quemaban las noches de lumbres de Nerón.

Atrapada la Cristi y llevada a una fosa por haber abandonado los quehaceres en la casa de la mamá de Nerón. La Cristi castigada, temblorosa, a la espera de ser devorada por leones. Movimiento maxilar de risa-habla-canto. Separados coxal, fémur, rótula, tarso y metatarso, y tan así sus pies siempre rasando al compás de las palomas.

De repente, dos locuaces que cobran sueldos de oro en una de nuestras saqueadas minas, con su poco de español me interrumpen en el cantar de las palomas: “señora, qué importarle usted que se queme tanto casa viejo y tanto trasto vieja?” Los oigo. Los miro, y mis ojos fijos penetran su pelo crespo. Sus facciones mulatas. Penetran en aquellos animalejos rapaces. Son Bertoldo Pérez y Cacaceno González, puertorriqueños que llegaron con sus padres a Nuevayork entre los cinco y siete años, respectivamente. Aún más: mi voz le grita indignada: ¡Go home, please!

Volví al cochebombero que trajo a mi recuerdo un fuego en mi pueblo, como aquél que hizo la Baldó, no la Brigitte, sino Baldó de Baldomera Tapia. La pobre. Enloqueció de amor, celos y miedo cuanto Tata hizo en la sala de su casa una cruz de ceniza. Alta y fuerte, Baldó comenzó a gastarse en un cepo. A mitad de la noche hizo el fuego. El Tammm de la campana, repitiéndose, no correspondía al ritmo habitual. Sin embargo, todos nos tiramos a la calle. Ardía la casa de Baldó, entre las llamas estaría ella como un cerdito cocinándose. Mis hermanos y yo llorábamos. Antes de la cruz en la sala llevaba flores a mi madre. Ahora se quemaba. Llamada del

fuego que castiga, decía Rosa la beata. Pobrecita. Antes de la cruz su casa era un continuo entrar y salir de varones con que ella se acostaba. Pobrecita. Nadie la quería en su casa. Pobrecita. Luego de la cruz nos entretenía con unos cuentos locos y así supe muchas historias sucias de gente conocida. Estábamos atentos a la lunanueva en que se alborotaba aún más su sinrazón. Baldó rompió su cepo en esa luna. Hizo el fuego para destruir su cárcel. Pobrecita. Entre lloro y susto la descubrió mi hermano más pequeño. Tiraba de la cuerda golpeando el badajo, tocaba la campana de su efímera libertad. Completamente desnuda. Pobrecita. Así la acorralaron el cura, los bomberos y la poli. En un santiamén mi madre nos quitó de la calle antes de que se la llevaran. Murió encadenada a una mata de ciruelos. Pobrecita. Fue mi primera impresión de un fuego.

Cansada. Cansadísima. Sin límites un cansancio de tantos pensamientos entre las llamarradas. Regresé por la calle de El Conde sin mirar a los transeúntes, las vidrieras ni los animados colores de los letreros de neón. Pensaba si realmente había visto el cochebombero, si realmente corrió a Isabel la Católica, si realmente sólo me concreté a malmirar a Bertoldo Pérez y Cacaceno González, esos jodíos que llegan con los blancos para llevarse nuestras riquezas, y esto último me martilleaba fuertemente porque sobre lo pensado quedaba idéntico lo pensado una y otra vez más: Por qué mandan los gringos aquí, por qué nos endeudan, por qué nos explotan?

LOS CAMBIOS

“Viene la palabra hablamos de palabras todavía conviene creerlo en esta época a discreción una sola basta...” Comment c’est Beckett.

Página 221. Continuación.

etcétera, etcétera, etcétera, etcétera, etcétera,
etcétera, etcétera etcétera, etcétera, etcétera,
etcétera, etcétera, etcétera, etcétera, etcétera.

Señalando con el índice, pérfidamente mi amigo preguntó: ¿Cuándo va usted a terminar esto?

Esto

Es una novela. Posiblemente no se ha dado cuenta que está terminada. He aprendido a administrar mis propios recursos y sólo para aclarar muy pequeñísimos detalles relacionados con él, ella, el otro y los otros pienso añadirle

algunas líneas.

Página 222. Etcétera, etcétera, etcétera. Detalles de la **autopsia**: Como una cremallera corrió el bisturí esterilizado desde el tórax hasta el nacimiento del pubis. En línea recta. Profunda. Segura. El bisturí esterilizado primero abría y luego levantaba el sucio de la piel inerte. Estaba muerto. Autopsia-bisturí-ausencia de formol: Precipitación a lo podrido.

Eso es: Precipitación a lo podrido.

Rasgado el peritóneo brotaron las vísceras abdominales. Más arriba: para siempre en reposo: los pulmones. Al lado, como un fiel bulldog, para siempre en reposo: el corazón. El traste destrozado: casi ausente. No hubo costuras. Lo cerraron con ganchos de metal. No importa como quedase. Aquel muerto inesperado. Fue una impertinencia ordenar esta autopsia. Además, domingo con turnos de descanso. Lo cerraron con ganchos de metal, dije. Despacharon al director la hoja del examen: Dentro de la caja de huesos y carne helada “dos manchas de vieja tuberculosis. Vesícula alargada, inflamada, posiblemente perezosa. Seis plomos recuperados”. La hoja amplió el expediente de su carrera de trabajo: Ascendente, descendente, ascendente, descendente, descendente, etcétera, etcétera, etcétera, etcétera. Títulos de sus trabajos: Pintor, pianista de música vernácula, empresario de espectáculos, vendedor de libros a domicilio, etcétera, etcétera. Seis plomos recuperados. Sepultado por la **No**-memoria. Sepultado por el **No**-amor. Etcétera, etcétera.

Pérfidamente insistió mi amigo: ¿Cuándo va usted a terminar esto?

Página 223. Etcétera, etcétera. **Ella** lo seguía junto a la ambulancia para pobres que usa el hospital. A marcha de 100 KPH. **Ella** en una moto-**Honda 90** de fabricación japonesa. **Ella** lo seguía con marcha de 100 KPH. Trajeada con pantalones de corduroi verde. Con suéter 100% de lana amarilla. Con zapatos bajos en swede azul con amarre de cordones blancos. Como oriunda del West Side en invierno. En el verano de Santo Domingo. Era. Es. Está en Santo Domingo. En Santo Domingo siempre pateado por los yankis. **Ella** lo seguía a marcha de 100 KPH. **El** quedó provisional en la tramería de nichos arrimada a la pared sur del cementerio del municipio. Pared multi-personal para cadáveres candidatos a la fosa común. Al hoyo colectivo. **Ella** no pudo seguirlo.

No-quiso-seguirlo.

Antes de tapiar con cemento y ladrillos el “apartamento” bajó con fuerza el pedal. Chilló el arranque de la moto-**Honda**. La esperaba el **otro** en un restaurante frente a la avenida que está junto al mar.

ALMENDROS
UVAS DE LA MAR
CALOR
VERANO

Página 224. Los trabajos sucesivos de pintor, pianista de música vernácula, empresario de espectáculos y vendedor de libros a domicilio posiblemente no hubiesen ocasionado la autopsia.

El oficio aparentemente menos oficio provocó la redada.

Víctima primera
Víctima segunda
Víctima tercera

UNO
DOS
TRES

Cayó primero el dueño de la impresora offset.
Luego el que escribió el texto.

Días después: **El**. Este **él** dejaba los volantes en los asientos traseros de los coches públicos. En las butacas de los cines. Los entregaba a los estudiantes de los liceos. A los de la universidad. En la moto-**Honda 90** **ella** le cedía el puesto de conductor. Luego, abrazándolo, le gritaba. Sólo cuando le rogaba con voz baja conseguía: te necesito, no tengo otra idea del amor.

Si nos atenemos a lo que afirma un testigo, un ocular: Los agentes pasaron en un vehículo semicerrado. Ya junto a **él** se lanzaron con las armas apuntándole. Apuntándolo. Pensó defenderse corriendo, zigzagueando entre la fila de coches estacionados. Las balas golpeaban. Perforaban las carrozas. Rompían sus vidrios. También los de algunos establecimientos comerciales. Cuando iban los dos en la moto-**Honda** resguardados por la oscuridad de la noche **ella** lo abrazaba. Rogaba. Le rogaba. Finalmente vencía: te necesito, no tengo otra idea del amor. Más allá de la misma avenida y del restaurante en que ahora cena con **el otro**, muchas veces **él** y **ella** eran sorprendidos por pequeños crustáceos de la costa marina. **Ellos** sobre las ramas tendidos.

Página 225. El agente trigueño, bajito, el de las tres medallas premios de gran tirador, el que recibe con una sonrisa de satisfacción el mote de **tigre-puntería**, apretó el gatillo. Colt 45. Hizc

blanco en el sexo, cayó.

Sí... sí. Yo mismo los repartía.

Luego se le acercó con una ametralladora. Seis plomos directos. La ambulancia. El hospital. La autopsia. El nicho. La moto-honda a 100 KPH. La cena. **El otro.**

Página 226. Siempre supo **ella** lo que quería. Su encrucijada decisiva. Sólo le bastaba de la vida la suya propia. Ahora estaba con **el otro**. Momento importante para un ser que realmente hace aquello para lo que está hecho: traición. Indiferencia. Cenaba tranquila: Coca-cola-Hot-dog.

Pensaba. Organizaba los detalles de su marcha ciega. Con **el otro** que ahora volvía a hacer segura su marcha sin rodeo.

En la misma página 226: Toda sucia la hoja de papel se arrastraba por la acera. Una hoja que no es de anuncio de liquidación en grandes almacenes. Tampoco lista de baratijas para todos los bolsillos.

Sí... sí. Yo mismo los repartía.

Una hojita de papel. Un volante de 8 1/2 por 11. Del tamaño de los documentos de las oficinas públicas. 8 1/2 por 11. Papel sin el sellito. **Título:** letras de 24 puntos, negras. **Texto:** letras de 18 puntos, negras. En 24: **Abajo** fulano. En 18 puntos sólo tres señalamientos: Literatura escueta. Sobria. Directa.

“Te necesito, no tengo otra idea del amor”. ¡Nooo! **Abajo** fulano! y eran cosas así de tan poca importancia las que encabezaban los tres párrafitos. Cortos. Cortitos:

“Son los mismos métodos...”

“País dependiente...”

“La dictadura se acentúa cada día...”

Ella: “te necesito no tengo otra idea del amor’.

Ahora el otro —esa misma mañana la muerte— —a mediodía la autopsia— la carrera a 100 KPH— junto a la ambulancia del Hospital-cementerio-nicho-ladrillos-cemento-ella en la marcha de regreso—la cena—el calor, la organización de su marcha ciega sin descanso—en la misma pista—más allá del restaurante—la misma avenida.

**ALMENDROS
UVAS DE LA MAR
CALOR
VERANO
SEXO
PORRA**

Página 227. Pintor, pianista de música vernácula, empresario de espectáculos, vendedor de libros a domicilio, otro título de trabajo: jugador. Tres veces jugó a los naipes de la libertad. Anotaba: Primera jugada: cárcel. Segunda jugada: tortura. Tercera jugada: muerte. Material de unos pocos dentro de esa caja de huesos y carne helada ¿Para qué escribir su nombre? Estaba sobre su propio nombre. Entre-paréntesis: fulano de tal. Junto al acta judicial el boleto de defunción quedará en un archivo de Justicia.

Eso de la Justicia trae mucha confusión.

Desajuste. Conjunción.

Asusta la No-Justicia.

Desajuste. Confusión.

Los que así la aplican: cabrones.

¿Profanación del concepto Justicia? Jamás. Respeto. ¿Entonces...? Dije la **No-Justicia**.

Alguien podría interpretarlo. Es tan común.. Excusado.

El nombre de este muerto tiene el nombre de unos miles. La copia de **No-Justicia** irónicamente señala subrayado: **Agitador**.

Capítulo XXX- página 280. No es que ella gusta porque baila bien el rock-and-roll. También la enciende un watusi. Negativa al merengue y a otro salto nacional. Gusta con sus pantalones de corduroi. Sobre su moto-**Honda** 90 a 100 KPH.

Gusta al **otro** y a **los otros** como **el otro**. A los que desprecian la actitud que ocasionó esta tragedia.

Gusta. Sí. **Ella** gusta, gusta, gusta, gusta, gusta.

Gusta porque su cerebro sólo piensa los detalles de su marcha ciega.

Cae la noche...

Huyen...

Vuelven...

Raíz cúbica elevada al máximo.

Por la misma avenida-sexo-protegidos por lo negro-sexo.

No, no. La **No-Memoria**

No, no. El **No-Amor**

No, no. La **No-Justicia**

Víctima tercera

Seis plomos esta misma noche encienden la conciencia de otros. Los dos, protegidos por lo oscuro, continúan repartiendo volantes. Pegando volantes. Lanzando volantes. Seis plomos serán mañana sesenta plomos. Seiscientos plomos.

Seis mil plomos. Sesenta mil plomos. Seiscientos mil plomos. Seis millones de plomos. Son los cambios.

Nota para el Editor: El amigo que me preguntó pérfidamente cuando iba a terminar esto, esperó con paciencia que añadiera otras líneas con el propósito de aclarar muy pequeñísimos detalles.

El tipo tan sensible, que acaba de leer bajo secreto este cuento, termina diciendo que es una novela. Acomodado en el ilimitado hueco del libre albedrío posiblemente se hace cómplice al confirmarlo, sin sospechar que ha interpretado el discurso de la obra abierta.

**EN MAGINOTH: MASQUIL DE
DAVID**

Es primavera del 70 y tanto. Hermosas-verdes-grandes hojas. Hermosas-vibrantes-coloreadas-flores. Al médico principal: en Maginot Masquil de David. **Salmo 55**. ¡Salmo no! ¡Quiero cantares! “...sopla mi huerto, despréndase sus aromas. Venga mi amado, y coma de su dulce fruta”. Aquí en el jardín la máquina y yo o yo y la máquina escribimos esas cosas de la madre, liberada de prejuicios y la culpable principal. Cuando niña trazos de garabatos perpetuaron su nombre como ella lo ponía: **Marbina**. Lápiz fuerte sobre el papel grande de estraza en los vales al tendero. Olor agrio, con mezcla de polvos baratos en la paga del tendero en su catre con Malvina. Desde niña se le fue el sexo a los sesos y viceversa. Pensaba con cualquiera de los dos. Esto, si pensaba. Llamaba libro a Roque, el primogénito de sus hijos.

Roque fue la primera edición y su editor Isidoro. ¿Qué costó? Antes, cenar donde el chino. Exigía siempre un sanduis y un vaso de

Pepsi-cola. ¿Qué costó? Poco. Llegó a este mundo Roquito a cambio de una cenita. Después vinieron los otros, anaquel de seis autores. ¿E Isidoro? Bien, gracias. El desalmado papá sólo para darle nombre. Y mostrarlos limpios. Vestidos. Alimentados por Malvina. La muy lista conseguía de todo. ¿Trabajaba? Si usted es algo detective puede averiguar qué hacía. Roque-Roquito fue el único que supo de letras. Dije que la madre lo llamaba libro. Vergüenza de los pasquines con que Roque quemaba el barrio. Gozaba moliendo noviazgos. Rebosó a Eudoro Flores que se lanzó sobre su mujer y la cortó con tres plomos. Murió la Flérida Flores. Sí, murió. ¿Y Eudoro? En la cárcel. Puede recibir visitas los viernes de 4 a 6.

Ahora el cuento.

Nunca le dije cuento, don Paco. Eso lo ha inventado usted. Es real lo de Eudoro, de la muerta, de la cárcel y otras cosas que empujaron a Malvina a vivir con sus vástagos en la capital. Llegar: impresiones. Tentaciones. Favorito el primogénito. Los demás: dos bajaron al abismo de un café próximo al muelle. Teodorita trabajó para un militar soltero. La mimó. La acostó. Este patrón hizo a Chacho policía. Juan Tadeo en la cocina, ayuda que ayuda a mamá. Buenos tus hijos, Malvina. ¿Y Roque?

Subebajasubebajasubebajalacalleel-conde.

Tres veces al día subía y bajaba la calle El Conde. Descubrió las librerías. El era un libro le había inculcado su madre. ¿Y los que pasan horas largas en el café? ¿De qué hablan tanto?

Eran tertulianos. No preguntó mucho, quería saber por sí mismo. Roque consultó el diccionario: "**Tertuliano**, doctor de la Iglesia, nació en Cartago, genio vigoroso, absoluto, sombrío..." Eso mismo era él desde que llegó a la capital: un tertuliano. Provocando temas sobre libros y autores se acercó a los grupos. Hizo amistades. Se instaló en los cafeses. Se enteró de un Concurso Nacional con un premio de mil pesos. Exigía tres páginas a dos espacios sobre temas distintos, escritos en prosa excelente. Tontería, ¡esos me los gano yo! Y se los ganó Roquito.

El jurado, complacido por novedad y erudición, ah, jurados los nuestros. ¿Ha vivido usted en dominicana? Roquito hacía alardes con fobia de auténtico intelectual. Malvina gritaba con orgullo: Mi hijo libro. Mi hijo premio. Libro. Libro. Premio. Premio premio. Genio. El jurado lanzó la noticia del premio por todas las radios y teles. Las páginas de los grandes rotativos se abrieron para aquel vástago. Por dos semanas desaparecieron de los suplementos todas las niñas tontas y los futuros futuros. Todo el espacio era para Roque el triunfador. He aquí algunos fragmentos de los trabajos premiados:

De la primera página. Título: "**Los Poetas Trágicos**" -Eskylo es el viejo ático, aristócrata y religioso. Descendía de la generación que levantó en el Agora un monumento a los Tiranicidas... Esa piedra cubre a Eskylo, hijo de Euphorion. Nacido en Atenas, duerme en las profundas planicies del Gela. El bosque sagrado del Marathon y el Meda de flotante cabellera dirán si fue valiente. Bien lo vieron!..."

(Los del Grupos Dedos gritaron al mismo tiempo: No, no es posible, pero si es muchacho no tiene cultura...)

De la página segunda. Título: **“Erostrato”**
En el balcón del sexto piso, ahí hubiera debido pasar toda mi vida. Es necesario apuntalar las corrientes morales como símbolos materiales, si el cual se desplomarían... Me he colocado por encima de la humanidad que está en mí y lo contemplo... He aquí porque me gusta mi sexto piso de la rue Delambre...”

(Los del Grupo Dedos, al mismo tiempo: No, no es posible, eso es filosofía; eso absurdo, revaloración de lo existencial. Pero si Roque escribe harina sin hacer no, no es posible...)

De la página Tercera. Título: **“El Maestro”**
(El anunciador se entusiasma y exclama: ¡Viva! ¡Viva! ¡Viva el Maestro! ¡Viva el Maestro!. (Otros vivas!, provenientes de los bastidores, van debilitando poco a poco)... Oh, no! ¡Se van Sigámosle, pronto! ¡Sigámosle! (El anunciador y los dos admiradores salen gritando: ¡Maestro! ¡Maestro! ¡Ma-es-troooo! El último Ma-es-tro se oye entre los bastidores como un balido”).

(Los del Grupo Dedos: Vanguardia Absurdo. No es posible, Roque más grande que los grandes...)

Pocos días después eran Roque y sus macos los que estaban bajo las sombras entrecruzadas del tamarindo viejo y el laurel. Con las cabezas

entre las manos. Se miraban. Se daban las razones. El era un Libro y Malvina rotundamente no aceptaba las críticas, el escándalo. Sus días se hacían negros, perdidos, inútiles. También las noches se hacían blancas, perdidas, desveladas. Sí, su Roque sobre todas las cosas. Apenas se cruzaban entre los dos las palabras. Eran pocas. El muchacho tuvo una ocurrencia y la madre consintió. Por encima de las críticas usaron el buen dinero del premio. Sépalo usted: levantaron venta de aguacates verdes, mangos de las vecindades de Baní, naranjas de cabarete de los campos del Cibao. Traficaron con toda clase de víveres. Hice un plural, no don Paco: ella sola se abrió paso entre ese enredo de negocios de New York. Incurable de varones la Malvina, por *sécula secolorum*... No resistió dos inviernos. Al bajarle la fiebre durante una pulmonía salió a defender la venta. Marchita, atrapada, prisionera de la nieve, se derrumbó para siempre.

Dije que marcharon a New York la madre y Roquito. Los otros hijos, obedientes, regresaron al pueblo. Allí estaban cuando llegó la noticia. En ese pueblo mataron a Lilís, un Presidente tirano, y la gente habló bajito, temerosa de que resucitara. Ahora no. Sin hacer disimulo respiraron fuerte, alto, sintieron hondo. El cable lo decía claro: **Mamá cadáver llegará por avión mañana.** ¿Qué esperan para que hablen? Nochebuena en el pueblo. Lamentos hipócritas del barrio. Tan abnegada, tan noble Malvina. Y el aviso general: por avión llega mamá hoy... muerta. ¡Ay, se nos murió mamá! Pobrecita Teodorita con el vientre en siete meses.

Se hacían sombras las últimas luces. Casi noche. Por fin llegó el cajón. Negro. Sobre la tapa una cruz grande. Brillante. Plástica. Barata. ¡Qué bueno Roque, ¡qué hijo! Miradla por última vez los otros, los vecinos, los maridos, los papás, los compadres. Vendría con traje a-go-go, maquillada con Revlon. ¡Animo, a ver a mamá! ¡Ay, que se nos murió mamá... mamita! Un sollozo contenido (pausa) ¡Mamita se ha vuelto hombre! Las vecinas guardaron el rosario, le sacaron lo de bruja, la mecha sobre la flor, la flor sobre el aceite, el aceite sobre el agua martes y viernes. Castigo, si era tan... tan... Conjeturas. Algarabía. Odio sobre su rostro de máscara, sobre su memoria. Ahí estaba. Dormida para siempre. Maquillada en inglés. Vuelta hombre. Transformada por el demonio. Pagaba su malvivir.

Cerca de la medianoche, se abría paso y avanzaba entre la multitud que estaba en el mortuorio, que lo rechazaba a gritos de go home, go... go, un señor joven y rubio. Sofocado, el tipo trataba de explicar: Exception, please, senora ir otro cajo a Brasil, excuse (go go go go) please, compañía aviazón llevar este cajo ahora con hombre de Caracas. Traer sábado senora de usted (go go go). El cadáver que llegó al pueblo de Malvina, parece simple, qué cambio, que impresión, zoquetes, era de un extranjero. Analfabetos los hijos la compañía dejó para siempre a Malvina en Pernambuco. Roque cobró en New York, seis meses después, veinticinco mil dólares por la equivocación. Tenía razón la madre: su hijo era un sabio. Y sobre todo, capaz. Eso es, don Paco, y a propósito, ¿Conoce usted

otro Roque en las tertulias? Usted que todo lo sabe escriba su nombre en esta espacio:

Es Primavera del 70 y tanto. Voy a leer Salmos. Los del músico principal en Naginoth, Masquíl de David. Olvidaba: ¡Salmos no! Quiero Cantares. “Venga mi amado a su huerto, y coma de su dulce fruta”.

**TÊTE-À-TÊTE CON TERESA
EN AVILA**

Durante esta décima-sexta travesía atlántica viajo adonde lo pide el cuerpo. No, coma, donde lo desea el deseo. A la Carta o Menú como se pide en los restaurantes u hoteles. Salí para llegar primero a Lisboa pero me quedé en Madrid para seguir a Avila y volver a visitar a mi amiga Teresa.

A la entrada de Avila quise besar sus murallas. En su casa, ya sentadas, comentamos noticias e inventos de este siglo: del cine Passolini, de la Tele-V en colores. De los hombres en órbita que luego caminaron la luna. De explosión demográfica. De anticonceptivos, y otros inventos más. Elogiamos a Isabel la de las dos Castillas. Hicimos varios comentarios de la enciclopedia que se detiene en las proximidades de El Tiemblo con muestras de Toros de Guisando labrados en granitos. De los pre-romanos que legaron Las Cogotas y Ulaca. Del barco de Avila con encierro de murallas. De las cercanías de Sotalvo y de Arévalo donde murió transida Juana la reina loca

por un amor perdido. Terminábamos siempre en cosas de esta Avila, adormecida en otra Edad, desolada y de piedra, remoquete de cantos y santos, villa de inciertos orígenes, donde sólo las piedras de los toros hablan de los primeros pasos de sus posibles fundadores los celtíberos.

Dejamos para luego -exprofeso- y así lo hicimos largo, conversar de las Cantigas de Alfonso. De mi amor Juan. Su Juan de la Cruz. El mismo Juan de las dos. Sin celos. Amor tan grande que dá para ser compartido. Qué bien es estar, sentirse en Avila, donde lo románico y lo gótico -rico brebaje- es suficiente para agradable fiesta de gustos mayores. Así, entre murallas, le dije a Teresa: escribí hoy a Avilés. No cabeza de Oviedo. Escribí a Máximo Avilés, amigo de mi país, lamentando que allá mis amigas no leen las Cantigas de Alfonso. Ni a Juan. Sólo juegan pócker o dejan a las hijas saltar rock and roll.

Amiga Teresa Sánchez Cepeda y Dávila y Ahumada. Teresa Sánchez debía ser. De tu madre, que era noble, tomaste lo de Dávila. Más no es de mi incumbencia penetrar querellas. Prefiero que dejemos la casa para llegar al ábside románico con cuerpo de fortaleza y Jaula de Cordero -de transición al gótico- de la austera, de fuertes sillares de piedras, tu Catedral de Reyes. Cuando salías de ella para viajar por las Castillas -la Vieja y la Nueva- sobre todo de la Vieja, en cada hostel con bastión te veían bajar del pollino para descansar, amorosamente descansar con el pensamiento en Juan. Escribiéndole a mi Juan, tu Juan, amor compartido sin celos. Para ampliarle los puntos de tus sabias

reformas, para contarle intrigas o reafirmar propósitos.

Lo de Dávila se hizo Avila. Y Avila fué llamado por ti este gran solar. Porque antes era Abula, señorial y de reyes. Habitat con muchas casas blasonadas. Con escudos que todavía vemos engalanando puertas. Y tú, Teresa, noble y dura como la piedra. Tú, Teresa, cabeza de piedra dura, hermoso material de eternidades, piedra rodada, rodante, andariega, tal vez el millón del pedregal de las dos Castillas aun duermen o golpean en tus pupilas y en tus sienes.

Andariega, así los eruditos bautizaron tu hermoso caminar de luchas. Agitadora marxista diría hoy de ti tu Cardenal-Obispo. Y yo, también andariega, llamada así por necios que solamente buscan en mi andar de hermosas búsquedas, paisajes o huidas. Así es, amiga mía. Pero no voy a cansarte con intimidades o recuerdos míos. Hay tantas otras cosas de qué hablar. Conversemos.

Ah, olvidaba entregarte. Te traigo libros de Gabriela, de Marx, Carpentier, Guillén, Faulkner, Neruda y de Cortázar. Y luces para alumbrar tu casa. Para encender tu casa. Para esperar a Juan. Juntas las dos. Al Juan de las dos para que volvamos a escribir este cuento.

LA DEL PISO 7

El calor quema la piel que se resiente como cáscara seca. En las venas la sangre hierve. Todo el cuerpo como cocinándose. Desde Herakleion las fugas a Faesto son sin número. Dentro de un puño llevo un ejemplar en griego de “La Ilíada” porque sé bastante de la Elizabetta Taylor llamada Helena, rebelde sin causa en Troya, y de París, Príamo, Héctor, Agamenón, Ulises, y otros trotaguerras de esos lugares. Y ese Dürrel, vejete vagabundo, erudito de la Hélade, permite que apretuje sus “Limonos Amargos” junto con Homero dentro del mismo puño.

El calor vence a su propio padre. Busco descanso bajo la sombra de los pinos que esconden las cuatro veces milenarias ruinas de Creta. Homero y Dürrel son amoroso acomodo de cabecera. Cierro los ojos. Tengo la impresión de que un millón de cigarras pretenden enloquecerme orquestando ruidos. Como Strawinski o Revuelta. Es lo mismo. Pienso incendiar el pinar. Además, antes de Homero y de mis visitas estos

músicos se adueñaron de los pinares griegos. Desde su propio podium debo aceptar su vibración rabiosa que sólo dejó de oír cuando llega el viento que estremece los pinos y hace cama entre mis párpados, en mis cabellos y como una mano se arrastra sobre la piel desnuda de mi cara, de mis brazos desnudos, de mis piernas desnudas, de mis pies desnudos. No quiero pensar y casi duermo mientras en mi memoria, en una zona desvelada, se impone la figura de Beatriz que reclama la tarjeta de viaje que me solicitó. Que prometí enviarle a Madrid, al piso 7 en que habita. Se alegraría mucho. La enseñaría a los huéspedes. Inventaría historias o cuentos esa Beatriz.

Pienso más en ella. Sí, pienso en la pícara sin quererlo. Esto de pícara lo repito con la voz, queriéndolo. Ella, bajita y regordeta. La recuerdo con las dos ánforas del balcón delantero, alargadas, relajadas, gastadas, descansando sobre el promontorio de su vientre. Así pasea por mi memoria: con su trasero ancho y bajo, tan bajo, que me hace recordar un modelo Studebaker que compró mi padre hace más de treinta años. Los representantes lo exhibían encendido, corriendo por las calles. Desde el coche se elevaban inflados docenas de globos de colores, con letreros de anuncios: **Studebaker-Studebaker-Studebaker**. Detrás de la máquina corrían chicos y grandes tratando de alcanzar los globos. Dos días después mi padre compró el Studebaker. Ancho y bajo detrás. Chocaba con las piedras grandes y arrastraba los yerbajos en los caminos rurales por donde llegábamos a la loma de cafetos. Ancho y bajo. Regresaba con el moñe

que resoplaba, pitaba, escandalizaba. Hecho piches, y recalentado el motor. Pienso en el Stude y recuerdo a Beatriz. Viceversa. En el coche, los faroles delanteros pronunciados, como ojos de batracios. Pienso en esa Beatriz con el trasero tan ancho y bajo como el coche, y se me ocurre que sus aires caen al suelo sin golpearse. Que corren sobre el pavimento como moscas cansadas, con las patitas llenas de podre, sin poder levantar vuelo por el peso.

Conmigo esa pícara se extrema en confidencias. No es que yo tenga el comportamiento de discreta o el físico de Dorothy Dix. Es que le doy oídos, comparto con ella mi cerveza, el membrillo, un poco de cariño. Ese cariño y pena juntos que libremedios que me quieran así. La recuerdo en cuclillas, arrastrándose como un sapo, fregando con cepillo todos los pisos de la casa. Con el bompe hacia arriba girando como un telescopio que busca estrellas en el cielo. Con sus ochenta y dos primaveras o inviernos. Veranos u otoños. Es la misma cuenta. Sentada cerca de su dueña después de la medianoche, frente a la televisión franquista que yo dejé de ver por su exceso e programaciones de vaqueradas gringas, intocables y un repetido noticiero oficialista como en dominicana. Junto a la tele la Beatriz, con su abanico barato. El mismo que lleva a la sala, a la cocina, al sanitario. Siempre junto a su ama que la explota con regodeo feudal.

El aire deja de ser un clavo ardiendo. Debo regresar. Es la última oportunidad del autobús. Pierdo el recuerdo de Beatriz. Pienso que antes de que naciera Grecia se levantaron los fastuosos

palacios cretenses de Knossos, Faesto y Aggia Tríade; en las impresionantes columnas cónicas invertidas pintadas en rojo, azul y negro; en los murales con peces de la mar; en el príncipe de los Lises; en las perfectas ánforas-jarras de los maestros alfareros, ah, y pienso de nuevo en Beatriz con sus alargadas y gastadas ánforas.

De regreso al hotel hago las maletas con los cachivaches que traje de Oriente. Volvemos a Atenas, luego de una a otra historia subiendo por los pueblos de la península itálica hasta París.

De regreso a Madrid hago sobre la cama un reguero de recuerdos baratos. Me atormenta la Beatriz. Además de pícara también es curiosa. No está a mi lado, preguntándome esto, por aquello, por lo otro. No está a mi lado, contándome de las chicas de la pensión, de la que llegó con la luz del día, de la que dejó el vómito en el ascensor. Estaría contándome, repitiéndome, repitiéndome. ¡Paciencia!, repitiéndome. Ahora ya no, pobrecita. Tan patética: hablaba con cariño de la muerte. La soñaba como un escultor que modela una figura. Murió como organizó su muerte. Sin médico. Sin una noche de velación. Sin el hijo perverso y grandulote que llegaba dos veces cada año para quitarle el dinero de propinas que juntaba. ¡Ingrato! Murió sin mucha jodiendas. Al grandulote le tocó bajarla del piso 7 y trasladarla en un tren de vagones a Aranjuez. Yo lloraría a mares por Beatriz. Pero para mí es una fiesta haber encontrado libre la habitación que provisionalmente ocupaba en el apartamento de la señora. Es una fiesta porque el hotel ha doblado los precios. Lloraría a mares por ella,

pero no debo. Como dos globos escarlatas, inflados, mis ojos provocarían la risa de la señora. ¡Cómo va usted a llorar por esa vieja! -me diría. Supe que su hijo la bajó del piso 7. Entonces: El padre del bobote al osario y Beatriz ocuparía el nicho. Durmiendo juntos para siempre, sin perder una noche como cuando él era de la guardia civil. Pícara y todo, pero lo de la Beatriz era siempre un fracaso. El marido estaba intacto. Con la misma cara y el traje impecable, el bigote de medio arco converso, la expresión el último retrato que colgaba del espaldar de la cama donde se acostara Beatriz. El hijo la dejó en el cementerio, en un lugar de provisionales o de arrendamiento temporal. Cuánto la lloraría ahora, pero no puedo. Coloco las cosas apretujándolas en la maleta. Un sitio para esto, aquel huequito para lo otro. Dejo algunas cosas que no caben. ¡Qué importa! Importa sí la falta de la pícara, sola en un lugar de tránsito. Lejos, tal vez para siempre de su marido. Ahora nadie se atreve a entrar en mi cuarto sin antes tocar. Sólo lo hacía la Beatriz. Me iré sin volver a verla. Y se junta a esta pena la pena de que me iré sin volver a Avila. A despedirme de Teresa. La pícara Teresa, la Tere encendida en ese amor que quema por el Juan de la Cruz de nosotras las dos. ¡Beatriz! ¡Beatriz! Dejo de pensar. Tiempo y acción de una mecánica rápida: bajo con el equipaje por un ascenso de bajada prohibida. En el aeropuerto una bajo las otras suben o bajan las máquinas del aire. Yo subo en un jet de Iberia que sube. Busco en el recuadro verde-crema-verde-musgo de la tierra de Castilla los cuadros de Solana y la

cara de Beatriz. Sí, la busco a ella en el mar azul que llaman cielo. La encuentro en todo lugar. Con su balcón delantero. Su bodega trasero. Ancho y bajo.

Aire es aire. Regreso. Mi-tierra-mi-casa-mi-silla-mi-mesa-mi-vaso-mi-libro-mi-cuarto-mi-tresmil-quinientos años de recuerdos que traigo conmigo.

TIRE EL JUEGO

En París, en la margen izquierda el hotel se encuentra bastante próximo al 27 de la rue de Fleurus, número que hizo famoso en esa calle la señorita Stein. Me atraen la cercanía y esos olores de gloria y vaho de celebridad que se quedan pegados a las paredes de los templos de los dioses. Paso por esa calle, y, con fuerza evocadora, pienso en Gertrude Stein, en Picasso y, muy especialmente, en usted Mr. Hemingway.

“París era una fiesta”. Título de su libro. París es una fiesta. Ahora, mientras veo este espectáculo seguiré pensando en su libro y le iré aclarando cosas que me parecen muy interesantes. Me aliviarán un poco. ¿Dónde el espectáculo? Espere. Estoy alta, en la Acrópolis de Atenas, y me siento como Eróstrato. También me gustan las alturas: Empire State, Tour Eiffel, Campanil de Giotto, Acrópolis, y los campanarios de los dos templos de mi pueblo. Me gusta sentirme alta. En alturas. A veces necesito apuntalar las susperioridades morales con símbolos materiales. Como Eróstrato. Necesito mirar desde encima a

los otros. Como Eróstrato. Anoto en mi Curriculum Vitae: Veraneaba en montañas de mi provincia. Ahora desde mi grada griega, un poquitín más abajo, tengo la escena del Odeón de Herodes Atticus. Sobre la escena se representa la Hécuba de Eurípides. Más lejos, como un cielo-tierra-estrellado-eléctrico está Atenas. Y aún más lejos, mucho más, usted que ya no existe, que sólo es polvo, Mr. Hemingway. París no era una fiesta. París es una fiesta. Se lo iré explicando mientras me dejo conmover por Polixena y otras cosas más.

Veinticinco siglos después de Eurípides pensamos que todas las antorchas se gastaron en Troya y que se impone una iluminación científica. El trágico de Salamina en circunvoluciones pasea por mi cerebro. ¿Sabe usted de quién hablo? Ya escribí que de Eurípides, y pienso en las mujeres de ese hombre, tan grandiosas. El trágico se la pasó injuriándolas, sin embargo, el gran puñetero no olvidó que nació de mujer y un instinto sagrado lo llevó a crear conmovedoras, grandiosas corintias y troyanas. ¿Me escucha usted Mr. Hemingway? Posiblemente, usted ignore qué servidora creció con habla de Castilla y sin lengua de griegos, y que mi memoria se ampara en St. Victor para rastrear lo que oigo y veo. Tranquilícese. Ya de frente tenemos a Hécuba que avanza. Y también a Polixena escogida para el duro sacrificio. Fíjese: el grupo que hace mutis son los colonialistas e imperialistas griegos, saqueadores de ciudades. Abandonan a Troya. Al centro está Aquiles con sus armas. Su fantasma reclama su gloria. Pide

el sacrificio de una virgen. Cerca está Polixena, que es joven, hermosa, firme. Recuerda a la hierática Irene Pappas en la Electra de Cacoyani. No, de Eurípides. Cuidado con confundirme a la Pappas con Merlina Mercuri. ¡Qué grande es la Merlina! ¡Cómo defiende a su pueblo! Dije que en la escena está Polixena. Después de once años comienza la partida de los arqueros argivos y corintios. El campo se divide entre vencidos y vencedores. Polixena está entre los vencidos y es la menor de los hijos del derrotado Príamo, rey de Troya. Va a ser inmolada. Al centro está Ulises. La sentencia cae sobre la joven Polixena.

Mr. Hemingway, dígame: ¿Le molesta el caso de Polixena? ¿Qué importa? He comprado a St. Victor para rastrearlo y he pagado muchos dracmas para ver lo griego antiguo esta noche. He tragado cuando niña fósforo para activar la memoria. He logrado una paciencia inaudita para esperar este encuentro, por eso usted no puede escapárseme ahora, y aprovecho para decirle cosas que me complacen. Me exprimen, pero me complacen. Me aturden, pero me complacen. También me aturden y me complacen Esquilo, Sófocles, Eurípides y usted, Mr. Hemingway. ¿Han contado como Macaria se ofreció voluntaria al sacrificio para salvar a Heráclidas? Sí, se lo han contado. ¿Y lo de Andrómeda? ¿Y también lo de Casandra? ¿Le interesa la amistad con Hécuba? Debo recordarle que Hécuba ha perdido sus palacios y tesoros. Ya no es rica y no puede hacer nada por usted, Mr. Hemingway. Para salvar la vida de su hija, pretende doblegarla al amor de un enemigo. Polixena que la escucha lo

rechaza. Piensa en la libertad. No hay razón paa que sea esclava, su indulto es una afrenta extranjera a su estirpe troyana. Mr. Hemingway, usted sabe que la libertad no es una estatua con una antorcha en la mano en medio del Hudson. Es mucho más que esa pequeña isla solitaria que es un símbolo de engaño. Es mucho más que un barco lleno de sobrantes enviado a Santo Domingo por Care, o un crédito concedido a mi país, embudo ancho para USA.

¿Se estará usted preguntando por qué pretendo enredarlo en esos asuntos tan onerosos, o por qué lo he metido en una intriga con Eurípides, y cuál derecho me asiste para hacerlo sudar este verano frente a la escena del Herodes Atticus? La mujer, Mr. Hemingway, trae por designio parir con dolores que rompen para que exista el género que tanto la reniega. Por la mujer existe usted y firma Ernest Hemingway en sus novelas. Por la mujer París **era** una fiesta. Por la mujer París **es** una fiesta. Vivir en París impone en cada atardecer de un oro-ocre recordar a las sacerdotisas del Sena, en cuya isla La Cité ellas fundaron a París hace más de 2,000 años. París era una fiesta desde el momento en que encendían cientos de antorchas y junto a su luz danzaban o ejercitaban el amor con los osados guerreros que se arriesgaban a pisar sus dominios.

2,000 años después París es una fiesta. Usted dice que París era una fiesta cuando guardaba en los bolsillos las mandarinas que quedaban para que no se helaran en su cuarto tan pobre y tan frío. Era una fiesta cuando usted caminaba las mismas calles para llegar donde Gertudre, la

que usted llama ahora “arquitectura maciza de labriega”, en el número 27 de la rue de Fleurus. París era una fiesta cuando usted, Mr. Hemingway, se acomodaba en el gran estudio de Gertrude lleno de cuadros como una sala de museo admirable, y se estaba cómodo y ella ofrecía bien de comer y té y holandas naturales de ciruelas rojas o moras silvestres. París era una fiesta cuando llegaban las jarras de cristal tallado y tanto el quets como la mirabelle o la frambuesa sabían a sus frutos. Todo esto lo ha escrito usted mismo, Mr. Hemingway, sin olvidar cuando la Stein fue a su casa-cuarto-cama y sentada en el suelo leyó sus cuentos. Le dio importancia a sus cosas. Le abrió las puertas de París. De sus amigos. De sus relaciones. Y le ofreció la publicidad que merecía su gran talento de escritor desconocido. Luego que usted tuvo mucho no le importó escribir las intimidades realmente sucias de su amiga. ¿Por qué tanta pureza como la suya se abandona a su mecenazgo amplio? ¿Por qué no la desprecia cuando por ella París le parecía una fiesta? Sólo cuando la fama le sobra escribe ese libro que deja guardado: **París era una fiesta**, donde se derriten sus intestinos sobre el cadáver de su benefactora. Y hasta sus ojos descubren a la Stein con un rostro de emperador romano, y prefiere recordarla, no por ella, sino por su mejor retrato pintado por Picasso. ¡Oh, Hem!

Yo, Helene o Elena, también puede llamarme como lo desee, Mr. Hem, y buscar mi rostro en la cubierta de un disco clásico o boogaloo, o en las revistas viejas de estrellas de cine que tiran

los niños a los patios para que sobre ellas los perros hagan sus necesidades. Yo, su eterna admiradora, esperaba un momento apropiado para este encuentro. Sin embargo, creo que es mi deber confesarle: que he escalado con usted **Las nieves del Kalimanjaro**, y he librado en el bote de **El viejo y el mar** batallas con tiburones cubanos. Ahora que ya no existe, Mr. Hemingway, sé positivamente que es por usted que con respeto **Doblan las Campanas**.

Me pregunto: señora Helene: esto en que usted discurre... ¿es relato, cuento o qué...? ¡Válgame Dios!, embiste usted a los molinos de un viento que ya pasó. La mula de la carreta va a los golpes del arriero. Porta damas o madonnas. Es un juego de verdades. ¡Tire el juego, Mr. Hemingway!

**MAMBRU NO FUE
A LA GUERRA**

EN OFF

“No, no hay ni hubo jamás, una casta más deplorable...”

Estoy entre los rotos. Tu estás roto. El está roto. Nosotros estamos rotos. Todos estamos rotos. Pero tu rotura no es igual a la nuestra. Perdiste el equilibrio antes de llegar a la cima y sin fuerzas para contrarrestar la gravedad rodaste cuesta abajo. Tus caídas se fueron multiplicando vertiginosamente como en el plano inclinado de la teoría física que te ofreció la oportunidad de excelentes notas y pésimos resultados en la vida real. Yo lo hubiera callado todo. Ni con la soga al cuello para quedar entre los colgados hubiese dicho una sola palabra, pero tú crees en la conciencia y sin arrepentirte de tus hechos vomitas tus cosas. Hablas de ti. No te ofendes de ti. Quieres que te escuchen. Te escuchamos por fin.

Cuenta que te cuenta. Contar. Contar. Contar. Seguir contando cosas hasta que su propia infi-

nidad me provoque cansancio y sin terminar dar un grito, un alto, y que los que queden vivos se consuman rectificando sus intimidaciones por los siglos de los siglos, así sea, y pensar que esto es Boulevard St. Michel, justo de los números 27 al 31. Dejo caer la mirada sobre el escaparate portátil con venta de periódicos y leo en la primera plana de un ejemplar de France Soir: **Cruzada Negra. Liberación Africana.** Pienso que no son noticias para primera plana; desde hace décadas el Africa negra lucha y quiere ser totalmente libre. Llevo la vista a otro titular: **La vida secreta de los gatos.** Lo de la vida de los gatos sobre los tejados maullando berrenchinadas eróticas es tema tan explotado que no sacude mi curiosidad. Río conmigo una risa burlona y negativa que enfurece a un tipo desconocido que pasa por la misma acera, cerca de mí. Esto es boulevard St. Michel en el Barrio Latino de París, mil novecientos... tanto. Lamento lo del muchacho, desearía explicarme con él, y mientras trato de localizarlo, corriendo la mirada de un lugar a otro lugar, siento sobre mí una banda de teenagers hembras o varones que pasan apretujándose. Hombres o mujeres. Mujeres u hombres. No puedo identificarlos por sexo, es imposible distinguirlos, llevan el mismo atuendo. Caminan y me empujan hasta el cristal de un restaurante. Detrás leo: plato del día 10.50 frs. No es posible tanto dinero, pronto volveré a quedarme sin comer, pasaré hambre, vagaré por los barrios baratos, dormiré sobre los bancos que están en los parques o en las avenidas, o entre los ángulos que forman las paredes y los contrafuertes de St. Severino. Pienso en tantas cosas a la vez,

hasta en aquellos ataúdes que me impresionaron a la salida del Metro del Louvre frente a Ponte Neuf. Morirse, que perra cosa morir. No hay derecho para que la gente se muera en París. Pienso en mi vida y en la de Lilá. Ella me repitió hace tres días: tienes que buscarte otra habitación antes de que la cosa reviente, no quiero comprometerte. Pero ahora espero los autocares, persigo al número 21, aquel que desde la Ciudad Universitaria subía por las calles Glaciere -Berthóllet- Claude Bernard y al terminar Guy Lussad entraba en St. Michel, seguía y cruzaba el Sena, llegaba a Chatelet, a la Opera y terminaba en St. Lazaire. Era mi ruta cuando llegué como estudiante a París. Han pasado varios autocares. Yo a la espera de un número que tardó bastante en aparecer, pero que, por fin, asomó con un ojo verde luminoso donde se lee el 21. Es algo indescriptible, como si dos amantes clandestinos se reencontraran de repente en un sitio inexplicable. Sin embargo dejé pasar el autocar.

Yo soy Claudio, tratando de buscar y clavar en una pared apanelada el tiempo perdido. Se me ocurre que hoy mi cerebro no funciona bien, que algo me falla, que caigo de no sé donde frente a esta esquina. Claudio, Claudio, me digo, me llamo una y otra y varias veces más. Avanza, debes ir más lejos. Mi cerebro no fija bien las ideas. Diría que está algo nebuloso. A las ocho de la mañana París es todo bruma. Es junio. Todo es bruma y así está mi cerebro, y guiado por ese mismo cerebro continuó la marcha hasta que cansado de subir y de bajar me decido a

tomar asiento en una de las sillas vacías de la terraza que improvisa en la acera el Select Latin, con precios escandalosos. En la acera del frente bajo Marcuset está instalada la brasserie Glacière que excita aún más mi hambre. Llevo conmigo diez francos en el portamonedas. Otro poco de dinero está en la habitación que ocupó en el hotel. Necesito juntarlo, y pienso varias veces que debo buscarlo. También pienso en el muchacho recepcionista que está detrás del mostrador. Tendré que saludarlo y observar su melena tan cuidadosamente peinada en un salón de damas. Es exageradamente antipático pero debo volver y el hecho de hacerlo equivale para mí a humillarme, a rogarle: la clé, s'il vous plait, monsieur. Debo ir. Iré. Estoy frente a él. Le hablo como un autómeta, sin mirarlo. Me pasa la llave, llego al ascensor, aprieto el botón y subo. Se abre la puerta y llego al piso tres. La escalera está al fondo del pasillo, aún debo ascender diez y ocho escalones justo al descanso de la habitación número 46 que está en el cuarto piso. Entro, tomo el dinero y regreso. De nuevo en la calle me detengo y releo: Universidad de París-Facultad de Ciencias. Esta es la Plaza de la Sorbona con una estatua de Augusto Comte al centro. El mundo avanza, se abarrota de gente, de ideas y de vehículos, de choques y de muertos. Augusto Comte no es ahora un positivista que provoque incendios mentales. Lo hizo. Ha sido asimilado. El monumento sirve para dividir el estacionamiento de coches, los que entran los que salen, los que se quedan. También sirve de muletilla a los perros que orinan. Recuerdo: olvidé devolverle la llave al muchacho recepcionista pero no

volveré para dejársela. Dirigido por mi dedo índice derecho el disco 46 gira con la llave. Seis meses con todos sus detalles atenazan mi memoria, se han tragado casi todo mi tiempo esta mañana húmeda y brumosa.

Anoche cuando pasábamos frente a Notre Dame, Lilá se asió fuertemente apretándome un brazo. Creí que nos derrumbaríamos, contribuímos con un esfuerzo mutuo tratando de evitar una tragedia. Unos pasos después, a la entrada de la rue de l'Arcade, delante del Bar Quasimodo, le salió un chorro de sangre. Me dijo angustiada: avancemos, avancemos, esto aprieta. Comenzó a perder las fuerzas, no sé como ganamos unos pocos metros más que parecían distancias infinitas. No sé cómo avanzamos, no lo sé. Justo al portal del Hotel Dieu se dejó caer. Me gritaba: corre, corre, debes evitar la policía. La dejé. No, no la dejé. La abandoné junto al portal del Hotel Dieu la Maternidad Pública de París. Había abortado allí mismo. Fui el único testigo de ese percance. Yo no estaba de acuerdo con ella, no deseaba que se deshiciera de la criatura. En varias ocasiones me había dicho: esto tiene que perderse, sería una vergüenza para mi familia, no vale la pena que nos veamos obligados a casarnos, tú no tienes peso de hombre que asume responsabilidades, además, me quitarían los dólares con que nos sostenemos los dos.

Lilá abortó anoche. Ahora es por la mañana, llego a la esquina, camino. me siento y echo una mirada por todo el boulevard. Me asusta el gran río humano que circula hacia arriba, hacia abajo,

que corre a los coches, a los autocares, que baja o sube del Metro. Me levanto y retrocedo a la estrecha rue Champollion, la de los cines de estudiantes con precios para ricos. Ayer Lilá y yo asistimos a la tanda de las 16h. Da pena confesarlo, pero discutimos bastante sobre "Z" el filme de Vasilis Vassiloff. A ella le entusiasmó mucho la acción de los tipos revolucionarios y aplaudió en forma delirante cuando sentenciaron a los militares. El desbarajuste de la red de espionaje y de tortura la animó tanto que la obligué a moderarse. Quería levantarse y gritar como lo hacían otros estudiantes que eran revolucionarios que aplaudían y pateaban como locos. La prensa ha dicho que son muchachos del FLN de las colonias. No debí haberme sentido incómodo, pero mi naturaleza se rebela contra esos tipos que claman por la liberación de tal o cual región o país. Estaba molesto y la hice rabiar porque me molestaba que pudiera pensar como sus compañeros de la universidad. Y, además, porque ella no debía olvidar que salí huyéndole a la guerra del 65 en Santo Domingo. Sin embargo, salimos de "Z" cogidos de las manos y caminamos hasta llegar a un pequeño restaurante frente al Sena donde cenábamos con alguna frecuencia. Mientras preparaban nuestro pedido tomé un lápiz e intenté sacar la cuenta de cuanto había costado la ZetaZetaZeta francos, propina a la acomodadora, un paquete de castañas calientes, etc. Lilá me interrumpió: Claudio, no importa, me encanta sentirme adinerada, es tan agradable. Lo que haya costado está pagado, tú siempre vives contando miserias, no hagas comedia, sabías que no eran precios para ratas. Ella me

humillaba, me hacía palidecer, me obligaba a pensar que también yo soy una rata que vive a expensa suya. Ha dominado nuestra situación, pero emocional y sexualmente se sentía perdida sin mí porque me necesitaba. Estoy consciente de que uno de sus problemas se llama sexo y de que es incapaz de tomar un hombre distinto cada día. No es una loca cualquiera. Sus vínculos familiares le impiden ir de uno a otro. Pobre muchacha, tan generosa conmigo. Cómo aprecia mi sabiduría.

Llego por fin a St. Michel donde hace esquina con St. Germain des Prés-Metro Cluny. Bajo al Metro. En un coche de segunda clase subo a Menilmonfant. Varios cambios de líneas en el sub. Arriba, en la superficie, está Lilá. Sigo pensando en ella. Está abortada. Anoche fue recogida a la puerta del Hotel Dieu la Maternidad Pública de París. El reloj marca las diez de la mañana. Doy por seguro que a esta hora ha sido interrogada una y otra vez. Su carta de identidad retenida. Negada a dar el nombre de su tío, el embajador. Yo rodando por debajo de la ciudad en el Metro, sudando por el calor desagradable y metálico que desprenden las máquinas, ahogándome con este calor sucio que queda suspenso en el vacío cerrado de los túneles, o pegado a las paredes de los túneles. No es carbón, esto es eléctrico, no sé, pero es sucio, y yo como una rata dejándome arrastrar por los subterráneos de París. Cuando la máquina se detiene, leo: Gare de Austerlitz, se me aprieta de nuevo el corazón, pienso en la policía que habrá tomado todas las cosas de Lilá, hasta su carnet de la Facultad de

Letras. No, no es una puta profesional. El médico habrá notado que es su primera pérdida. La máquina continua la ruta trazada. Soy un estúpido, me reprocho, pero me consuela que luego de tres días estará en paz y la llevarán hasta la puerta de una casa que ella dirá que es la suya. No, no iré a la embajada. Ruedo. Esto es un cielo bajo tierra. Siento que la máquina arranca de nuevo, que se detiene de nuevo. Cambio a la línea 5, a Eglise de Pantín. Estoy somnoliento y actúo como un autómata. Se me cierran los ojos y los dejo cerrados. Cuento con los ojos cerrados siete frenazos de paradas hasta llegar a République.

Paso inmediatamente a la línea 3 Pte. des Lilas, y una, dos y tres paradas más: Pére Lachaise. Salgo del coche y corro a la línea 2 Nation-Etoile. Una estación más y estoy en Menilmontant. A la salida del Metro la claridad del día y el apabullante gentío me sacuden, en forma tal, que quedo en mi propia y débil naturaleza y me reconozco un fracasado. Ciertamente, huí de mi país en el 65, cuando lo ocuparon otra vez lo yankis. Yo no iba a pelear contra un pueblo superior, pero tampoco me importaba defender el mío. Lilá conoce todas mis debilidades y presiento que no volverá conmigo a apartamento de Rosetta.

No volverá a aquella desmantelada vivienda donde nos instalamos hace seis meses para disfrutar nuestro amor o hacer el amor. Un solo cuartucho lo nuestro, pero no faltaba nada. Cuidé de asegurarme y yo lo acepté todo sin discutir cuanto me ofrecía en esa rue de Solferino que

me sugería un aire de escondite. Poseíamos el encanto de la rive Gauche; caminábamos las callejuelas estrechas y retorcidas. Saltábamos en zigzag. Zigzagueábamos abrazados hasta llegar a Cluny, y cuatro cuadras hacia el oeste, la Facultad de Letras donde dejaba a Lilá todas las mañanas.

No sé, pero algún día alguien terminará esta historia y la llamará Mambrú. Mambrú no fue a la guerra. Ahora no puedo continuarla.

SUS PERSONAJES

(Minicuento)

La niña leyó y releyó este libro tratando de encontrar:

- a la Caperusita roja
- a Blanca Nieve y los Siete Enanitos
- a Alicia la del País de las Maravillas
- o a Pulgarcito
- o al Gigante que quería comerse otra vez a la Caperusita Roja.

La niña no encontró a los simpáticos personajes que buscaba. Finalmente, se convenció de que eran otros cuentos. Y se despidió de papamamá para dormir.

INDICE

	Página N°
Antes de	9
La llamaban Aurora	11
Quien lo adivinaba entonces	19
La Fuerza Aniquilada.....	25
Cantata para un muerto.....	33
El fuego es de todos.....	41
Los Cambios	49
En Maginot: Masquíl de David	59
Tête-à-Tête con Teresa en Avila	69
La del Piso 7.....	75
Tire el Juego	83
Mambrú no fue a la guerra.....	91
SUS PERSONAJES (Minicuento).....	103

AIDA CARTAGENA PORTALATIN nació en Moca, República Dominicana. Es doctora egresada de la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Realizó estudios en Post-Grado en Museología y Teoría de las Artes Plásticas en París. Formó parte del grupo literario "La Poesía Sorprendida", publicando en sus cuadernos **VISPERAS DEL SUEÑO, LLAMALE VERDE, DEL SUEÑO DEL MUNDO**. Codirigió "La Isla Necesaria", publicando en sus ediciones **UNA MUJER ESTA SOLA, MI MUNDO EL MAR**, y una monografía sobre el pintor Vela Zanetti. En los cuadernos de artes y letras "Brigadas Dominicanas", bajo su dirección, publicó **LA VOZ DESATADA, LA TIERRA ESCRITA**, y una selección de **NARRADORES DOMINICANOS**, editada por Monte Avila, en Venezuela.

Sobre su novela **ESCALERA PARA ELECTRA** se pronunció el Jurado del Premio Biblioteca Breve (Seix Barral-España) con notas a base de lecturas: "...Especie de Electra tropical o, mejor aún, nudo vital en que se desarrollan los mitos de la Hélade y se aboceta la problemática de un mundo rural conmocionado por pasiones... Numerosas reflexiones sobre el oficio de novelar coexisten con los acontecimientos que se narran e imbrican en ellos, determinan el relato y aclaran sus perfiles". Esta novela logró por votaciones llegar a la final en 1969.

La autora actualmente se desempeña como profesor-adjunto en las Cátedras de Historia del Arte, Arte Colonial e Historia de la Civilización. De esta última materia es Coordinadora en el Departamento de Historia y Antropología de la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Editora de los **ANALES**. Y directora de la Revista de la Facultad de Humanidades de la misma Universidad.

En el año 1965 fue invitada con categoría de Consejera por la UNESCO, en París.

Ha trabajado en investigaciones publicando sobre **EL CULTO SINCRETICO DEL ESPIRITU SANTO EN VILLA MELLA** y **MUSICA, CANTOS Y DANZAS DE LOS INDIOS DE LA ESPAÑOLA**. Participó, invitada como jurado, en el Premio Casa de las Americas, en La Habana, Cuba, año 1977.

